

NORTE-SUR, ¿un diálogo imposible?

Por Francisco GOMEZ CAMACHO

Un poco de historia

La división del mundo en naciones ricas y pobres no es de nuestros días. Sí lo es, en cambio, la forma en la que esa división se mantiene y consolida. Hace más de 10.000 años, cuando tuvo lugar la llamada Revolución Agrícola, se desarrollaron ya formas de vida muy dispares entre las regiones diferentes de la tierra. Pero fue con la Revolución Industrial, hace escasamente dos siglos, cuando la riqueza de un grupo reducido de naciones empezó a crecer a ritmos hasta entonces desconocidos. La acumulación de capital y la innovación tecnológica, apoyadas en unas relaciones internacionales de explotación colonial, sirvieron de pilares básicos a esa revolución. En la parrilla de salida para la carrera económica que entonces comenzaba, Inglaterra ocupó la primera posición.

No se conocían entonces los resultados que, como consecuencia de ver cerrado su camino por los países más avanzados, se habrían de seguir para los países peor situados. Quizá esa falta de conciencia del problema explique la ausencia, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, de un estudio sistemático y coherente de la brecha que siempre existió entre países pobres y ricos. Fue después de 1945, al tiempo que se desmantelaban los tradicionales imperios coloniales y un número creciente de naciones nuevas aparecían en la geografía política mundial, cuando fue tomando fuerza la conciencia de la gran distancia que separaba a unos países de otros; el Norte se estaba distanciando del Sur. En los últimos treinta años, esa conciencia de subdesarrollo y división del mundo en dos bloques — Norte y Sur; Países ricos y Países pobres — se ha venido agudizando a medida que aparecían estudios empíricos e Informes que, con evidencia cada vez más fuerte, ponían de relieve el ensanchamiento de las distancias y la dependencia que para los países generaban las relaciones económicas mantenidas con los países ricos.

FRANCISCO GOMEZ CAMACHO

Como es sabido, el llamado "diálogo Norte-Sur" nació de una propuesta del presidente Giscard d'Estaing cuando, mediante una mesa redonda celebrada en París, esperaba resolver la crisis energética provocada en 1973 por la guerra del Yom Kippur. Se trataría, en este diálogo, de estudiar el nuevo orden económico internacional que podría poner fin al distanciamiento que, cada vez mayor, separaba a los países ricos de los pobres. Este mismo espíritu de búsqueda y construcción de un nuevo orden económico mundial inspiró, el 1 de mayo de 1974, la declaración adoptada por todos los miembros de las Naciones Unidas, reunidos en Asamblea General Especial. En esa ocasión, Proclamaron solemnemente su "determinación común de dedicarse con urgencia a la instauración de un nuevo orden económico internacional basado en la equidad, la igualdad soberana, la independencia, el interés común y la cooperación entre todos los Estados —independientemente de sus sistemas económico y social— que corrija las desigualdades y rectifique las injusticias actuales, permita eliminar el foso creciente que separa a los países desarrollados de los países en desarrollo y asegure en la paz y la justicia a las generaciones presentes y futuras" (1).

La declaración de las Naciones Unidas, sin embargo, no pasó de los buenos propósitos, y aunque en 1975-76 se celebró en París la Conferencia sobre la Cooperación Económica Internacional, y a pesar de las negociaciones globales defendidas en las Naciones Unidas por la presión constante del **Grupo de los 77** (Conjunto de países en vías de desarrollo y pertenecientes a la O.N.U.), el abismo que separaba el Norte del Sur seguía ensanchándose.

En diciembre de 1977 se crea una nueva comisión que pueda facilitar el diálogo. Nace así la Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo (Comisión Brandt), encargada de estudiar los principales problemas mundiales originados por la desigualdad económica y social, sugerir soluciones a las dificultades internacionales del desarrollo y proponer directrices apropiadas para la política del desarrollo internacional en los años 1980. El Informe de esta comisión, terminado en diciembre de 1979, se titulará: **North-South; A Program for Survival**.

En los últimos años no han faltado las declaraciones y anuncios de buenos propósitos, al tiempo que subrayaban las consecuencias negativas de no llegarse un acuerdo. Basten como ejemplo, de esas declaraciones las palabras del presidente Mitterrand cuando, al inaugurar en París la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Avanzados, el primero de septiembre de 1981, anunciaba la posibilidad de que el año 2000 hubiera mil millones de parados "del Norte y del Sur", añadiendo: "¿Quién sueña en un crecimiento armónico de una mitad del mundo sin preocuparse de la otra mitad? ¿Quién sueña aún en la recuperación duradera de las economías desarrolladas sin la ayuda de nuevas salidas, de nuevos compañeros, de nuevos mundos con los que colaborar, intercambiar, hablar de igual a igual?".

La más reciente oportunidad de diálogo Norte-Sur se presentó en Cancún (México), en octubre de 1981. El balance de esta "cumbre" tampoco

(1) Declaración sobre la instauración de un Nuevo Orden económico Internacional, VI Asamblea Especial de las Naciones Unidas, 1 de mayo de 1974.

NORTE-SUR

fue demasiado prometedor. Un corresponsal español resumía así los resultados de esta reunión: "Un tímido compromiso sobre el inicio de negociaciones globales en las Naciones Unidas, sin consenso en torno al procedimiento, los planos y el contenido, es el único acuerdo operativo de la cumbre Norte-Sur en Cancún. Más allá de este pacto, queda un cierto clima de distensión y una declaración final cargada de buenos propósitos, con el reconocimiento explícito de que la lucha contra el hambre debe tener prioridad absoluta. El Sur no ha hecho variar una sola de las posiciones expresadas por Ronald Reagan en su primer discurso de la Conferencia" (2).

La división Norte-Sur

¿Por qué a las naciones ricas las llamamos Norte y a las pobres, Sur? Económicamente, el mundo está dividido en dos mitades pero, además, la mitad que agrupa a los países ricos se hallan situados al norte y la mitad que agrupa a los países pobres se hallan situados en el sur. No sólo el Ecuador divide a la tierra en dos hemisferios: Norte y Sur; también existe una línea imaginaria que divide a las naciones de la tierra en dos mitades: ricas y pobres.

CUADRO N° 1

CENTRO-PERIFERIA: DISTRIBUCION DE LA POBLACION Y DEL PRODUCTO GLOBAL Y POR HABITANTE EN 1950 Y EN 1977

	1950			
	Población (%)	Prod. Global (%)	Produccion por habitante (%)	U.S.\$1950
Centro-Periferia (a)	100,0	100,0	100	627
Centro (NORTE)	34,3	86,0	250	1.565
EE.UU. y Canadá	10,2	51,4	506	3.170
Europa Occidental (b)	17,4	29,1	168	1.052
Japón	5,1	3,0	59	367
Otros países desar. (c)	1,6	2,5	138	866
Periferia (SUR)				
América Latina y Caribe.....	10,0	5,8	57	360
Africa (excl. Africa del Sur).....	12,6	2,3	19	117
Asia (excl. Japón e Israel).....	43,1	5,9	14	86

(2) *El País*, 25 de octubre, 1981

FRANCISCO GOMEZ CAMACHO

	1977			
	Población (%)	Prod. Global (%)	Produccion por habitante U.S.\$1950	
Centro-Periferia (a)	100,0	100,0	100	1.148
Centro (NORTE)	26,6	82,2	309	3.543
EE.UU. y Canadá	8,6	41,9	487	5.595
Europa Occidental (b)	12,3	28,9	235	2.696
Japón	4,0	8,9	221	2.532
Otros países desar. (c)	1,7	2,5	148	1.698
Periferia (SUR)				
América Latina y Caribe.....	12,1	7,7	63	725
Africa (excl. Africa del Sur).....	14,1	2,6	19	214
Asia (excl. Japón e Israel).....	47,2	7,5	16	183

Fuente: CEPAL

- a) Incluye economías de mercado y excluye las centralmente planificadas de Europa y Asia, y a Cuba.
- b) Todos los países de la C.E.E. y la A.E.L.C., España, Grecia y Malta.
- c) Africa del Sur, Australia, Israel y Nueva Zelanda.

La división geográfica se puede expresar en términos cuantitativos, tal y como lo vemos en el cuadro n.º 1. En dicho cuadro destaca la evolución del conjunto de las naciones, así como los aumentos diferenciados de las dos mitades mencionadas. El producto por habitante experimentó variaciones absolutas notablemente desiguales: casi 2.000 dólares para el centro desarrollado; casi 100 dólares en los países más rezagados, y 365 dólares por habitante para América Latina. Dos factores influyeron básicamente en esta evolución: el incremento en la población de los países más pobres al tiempo que se estabilizaba o decrecía en los países ricos, y la mayor potenciación tecnológica de éstos últimos frente a los primeros.

Los cuadros estadísticos se podrían multiplicar y llenar con ellos páginas y páginas; pero se trata de una historia bastante conocida y no es mi intención insistir en ella. Prescindiendo de los datos cuantitativos, me propongo subrayar la interpretación de esos datos y la importancia que esta interpretación tiene para el diálogo Norte-Sur.

Un cambio en la visión del mundo y de los hechos

La persona que hoy intente familiarizarse con los problemas que se plantean en el diálogo Norte-Sur, se verá sorprendida por los frecuentes desacuerdos entre las partes interesadas en el diálogo, e incluso entre los técnicos y economistas que sirven de ayuda a esas partes. No existe acuerdo sobre los problemas que plantea la relación Norte-Sur y, mucho menos, sobre las soluciones y métodos para resolverlos. Cuando unos interpretan

las relaciones económicas entre los países en términos de "costes comparativos" ricardianos, otros las interpretan en términos de "centro-periferia" o de teoría de la "dependencia". Si unos creen que la solución está en el libre mercado entre los pueblos, otros opinan que nunca existió ese libre mercado y que lo que se entendió como tal fue lo que condujo a los países pobres a la situación de dependencia en que hoy se encuentran. Tenemos un ejemplo reciente de esta disparidad en la forma de ver los hechos en lo sucedido con el presidente Reagan en la cumbre de Cancún.

Para el presidente norteamericano, los problemas de los países pobres del sur podrían solucionarse con la aplicación de una idea muy sencilla; "una idea revolucionaria", decía él, "que nació hace doscientos años y que ha demostrado su validez: la libertad de comercio". La defensa de esta idea, machaconamente repetida por la delegación norteamericana, pronto fue contestada por el representante de una de las naciones pobres del Sur. El ministro de Asuntos Exteriores de Nigeria, en desacuerdo con la interpretación del presidente norteamericano, se vió en la obligación de hacer la siguiente observación: "No, no fue el libre mercado el que produjo el milagro económico americano, fue la mano de obra de los esclavos negros". Evidentemente, no es fácil poner de acuerdo estas dos formas de interpretar la realidad.

En la interpretación de la crisis económica actual, sucede hoy algo parecido a lo que sucedió en la interpretación de la crisis de los años treinta: los economistas no se ponen de acuerdo. Existe un grupo de economistas que no ven otra salida que la vuelta a los principios puros de la teoría ricardiana del comercio internacional, basada en los costes comparativos y el libre comercio, hay otro grupo cuyo rasgo común es su rechazo de la teoría ricardiana y la insistencia en la necesidad de buscar otro modelo económico que regule las transacciones internacionales. Los primeros miran hacia el pasado y esperan encontrar en las ideas ya sabidas la solución a los problemas actuales; los segundos reniegan de ese pasado y miran hacia el futuro buscando nuevas ideas que permitan construir un mundo más justo. Bastará recordar que quienes participan en el diálogo Norte-Sur son defensores de estas dos visiones opuestas, para comprender la dificultad que representa el llegar a un acuerdo.

En las relaciones internacionales, como en muchos otros problemas, la ciencia económica está inmersa en una enorme confusión: la que afecta a toda ciencia cuando, superado el paradigma tradicional que venía utilizando con fruto, aún no ha encontrado el nuevo paradigma capaz de sustituir al antiguo. Es el momento de la búsqueda, del tanteo, del probar y corregir. Pero, si en otras ciencias, esta búsqueda se puede practicar sin un gran costo social, no sucede lo mismo en la ciencia económica. El hambre y la injusticia no pueden esperar. La brecha entre el Norte y el Sur es mayor cada año que pasa, y si la búsqueda de un Nuevo Orden Económico Internacional durase demasiado tiempo, quizá llegara demasiado tarde. La conocida frase de J.M. Keynes urge también en el ámbito internacional. Si la

(3) A. PINTO, la internacionalización de la economía y la periferia. Significados y Consecuencias, en *El análisis estructural en economía: ensayos de América Latina y España*, Madrid, 1981, p. 124

FRANCISCO GOMEZ CAMACHO

solución se retrasase demasiado, podría llegar cuando muchos estuvieran muertos.

¿Hacia dónde caminar?

Quienes proponen el libre mercado como solución a los problemas de los países del Sur, olvidan que no se cumple la justicia donde las partes no son iguales. El Norte y el Sur no se encuentran en igualdad de circunstancias para poder negociar con equidad y, por esta razón, no se puede esperar del libre mercado la superación de las injusticias que hoy existen en el orden económico internacional. El modelo de libertad de mercado defendido por Reagan en Cancún puede potenciar el proceso de internacionalización de la economía mundial por los cauces que lo vino haciendo después de la Segunda Guerra Mundial. Pero, como ha subrayado Aníbal Pinto, ese proceso de internacionalización "ha seguido concentrándose en los países desarrollados, y la periferia sólo ha participado en ella de una manera parcial y selectiva, lo que ha impedido que esta última pueda transformarse a imagen y semejanza de los países capitalistas desarrollados [como el modelo liberal supone]. En buena medida, ello obedece al hecho de que la internacionalización se ha llevado a cabo en una estructura económica internacional donde los centros imponen su sello y dinamismo al sistema en su conjunto" (3). Es evidente que, mientras estas relaciones existan, no podrá confiarse en el modelo de libre mercado para alterar la situación de pobreza dependiente que el Sur padece respecto del Norte. No basta con ampliar la dinámica de la internacionalización capitalista para construir un nuevo orden socioeconómico más justo; se necesita, sobre todo, un cambio profundo en las formas de insertarse los países del Sur en la economía mundial, y en las formas productivas de estos mismos países. Pero un cambio de esta profundidad no será posible mientras no exista un modelo teórico adecuadamente y permita prever sus consecuencias. Ese es el reto que hoy plantea el diálogo Norte-Sur a la ciencia económica.

Conclusión

Durante siglos, los hombres vieron como algo natural que el sol girase alrededor de la tierra, "saliendo" por el este y "poniéndose" por el oeste. El centro del sistema lo ocupaba la tierra, inmóvil y segura de sí misma, mientras los demás astros la servían danzando en órbitas a su alrededor. Se necesitaron años de investigación y observación paciente antes de que Copérnico, en un ejemplo loable de libertad imaginativa, concibiera la idea de explicar al mundo de los astros cambiando el orden tradicional. ¿Y si fuera el sol el que ocupa el centro del sistema y la tierra la que gira a su alrededor? Se trataba de una idea demasiado irreverente con la tradición científica y, lógicamente, despertó sospechas y oposición. Sin embargo, hoy nos parece natural que sea la tierra la que se mueva girando en torno al sol, y aceptamos sin dificultad la "revolución copernica".

Cuando políticos y economistas buscan en la actualidad un nuevo orden económico internacional, tienen planteado un desafío análogo al copernico: desplazar del centro del sistema económico mundial a las naciones que

NORTE-SUR

hoy lo ocupan como si fuera su lugar natural. Desde la Revolución Industrial, por lo menos, un grupo de países, los países desarrollados del Norte, han venido ocupando el centro del sistema económico mundial, manteniendo con los países de la periferia relaciones generadoras de dependencia e injusticia. Esta situación, mantenida por lo menos durante dos siglos, es hoy insostenible. Son demasiadas las "anomalías" que, generando tensión en el sistema, hacen imposible su continuidad. Es necesaria una "revolución copernicana" en el sistema económico internacional, y esa revolución ha de pasar, necesariamente, por el diálogo Norte-Sur.

Económicamente, el problema no se plantea entre el Este y el Oeste. Oriente y Occidente son categorías políticas que pierden importancia cuando les falta la necesaria base económica y, para bien de todos, la necesidad de esa base les obliga a mirar hacia el Sur. Tanto el Este como el Oeste extienden sus ramas en el hemisferio económico del Norte, pero las raíces que alimentan esas ramas están sembradas en el hemisferio Sur. Esa es la gran debilidad del Norte y, a la vez, ese es el mayor poder del Sur. El diálogo Norte-Sur no es otra cosa que la necesaria comunicación entre dos partes del mismo árbol que, durante siglos, no se han escuchado.